

Vivir al estilo de Jesús. La primera comunidad cristiana

En el libro de Los Hechos de los Apóstoles (2,42-47), Lucas nos ofrece los pilares sobre los que se cimentó la vida de la primera comunidad de Jerusalén, modelo y referencia para todas las comunidades en la Iglesia.



† Del libro de los Hechos de los Apóstoles 2,42-47:



«Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Un santo temor se apoderó de todos ellos, porque los Apóstoles realizaban muchos prodigios y signos.



Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus posesiones y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos según las necesidades de cada uno. Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas, y comían juntos con alegría y sencillez de corazón; ellos alababan a Dios y eran queridos por todo el pueblo. Y cada día, el Señor acrecentaba la comunidad con aquellos que debían salvarse».



De este pasaje bíblico se desprenden cuatro fundamentos espirituales que queremos proponer a padres y niños, para que se incorporen a la vida eucarística de la Iglesia viviendo como los primeros cristianos, discípulos misioneros del Señor:

1. En primer lugar "escuchaban la enseñanza de los apóstoles". Así también sucede hoy. Los grupos se suelen constituir en torno a la Palabra de Dios. El Evangelio convoca y congrega. El deseo de conocer y encontrarse con Jesús a través de la lectura y profundización de la Biblia es para muchos el origen de la comunidad, el motivo que los lleva a reunirse. La Palabra compartida en grupo ilumina la vida, anima y compromete, interpela y convierte. La comunidad comienza, por tanto, con esa iniciación al misterio de Cristo y su mensaje de liberación.

Conocer: que se sepan amados por el Padre Dios, que conozcan y amen al Señor Jesucristo y a los hermanos y se sientan llamados a anunciar su Reino.



2. "Vivían unidos" poco a poco va naciendo la confianza entre los miembros del grupo. Se empieza a profundizar la comunicación y progresivamente van dialogando sobre su vida personal y familiar, los problemas del trabajo y la realidad de los lugares donde viven. La vida de cada día se va poniendo en común y se va constituyendo en el centro del encuentro. La Palabra de Dios ayuda a iluminar la vida compartida y ofrece caminos para encontrar una respuesta, una orientación, un aliento de esperanza, especialmente cuando se viven las dificultades.

Vivir la fraternidad: queremos que las familias se sientan invitadas a formar parte de la comunidad eclesial y llamadas a construir una comunidad fraterna que se hace testigo de Cristo en medio del mundo. La Iglesia es comunión.



3. "Participaban en la fracción del pan y en las oraciones". De la confrontación entre fe y vida, entre Palabra y acontecimientos, surge la oración y la súplica, la alabanza y la acción de gracias. El Señor camina con su pueblo y por eso acudimos a Él celebrando su presencia en medio nuestro. La vida y la Palabra se hacen oración y celebración. Las familias se van haciendo asiduas a la Eucaristía, donde el mismo Jesús parte y reparte el pan y, al mismo tiempo, en la intimidad de sus grupos y en sus hogares van practicando la oración. De este modo la comunidad de Catequesis se va iniciando a la oración común y va descubriendo el sentido de la vida litúrgica de la comunidad eclesial.

Celebrar: El camino formativo para llegar a ser cristianos eucarísticos no estaría completo si la comunidad de catequesis no se constituye en comunidad que celebra lo que cree. La liturgia es central en la formación de los padres y niños. Sin ella no podemos conocer ni experimentar a Cristo. La Iglesia es una comunidad que celebra.



4. "Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común". El grupo se va consolidando. Las personas participan con constancia y entusiasmo en las reuniones pues encontrarse es fuente de alegría y apoyo. Incluso van aprendiendo a superar sus conflictos. El peligro está en encerrarse, en quedarse sólo en sí mismos. Es el momento de hacer resonar con fuerza las palabras de Jesús que nos dicen: "Porque tuve hambre, y me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber..." (Mt 25,35). Por eso la comunidad se hace solidaria con las angustias cotidianas de tantas personas. Se empieza a organizar la solidaridad en todas sus facetas.

Servir: Queremos que esta comunidad llegue a ser servidora de sus hermanos y hermanas en la sociedad. Que ésta nos interpele para que en nuestras propias calles y barrios seamos testigos servidores de la vida, especialmente de los más pobres. La Iglesia es, por tanto, diaconía.



Gracias a su estilo de vida fraterno, la comunidad primera "gozaba de la simpatía del pueblo y el Señor hacía que los salvados cada día se integraran a la Iglesia en mayor número". Es el Señor mismo quien llama a integrar la comunidad, sin embargo, lo hace a través del compromiso apostólico y misionero. De un modo particular, los integrantes de una Comunidad han de desarrollar su vocación laical siendo transformadores del mundo, según el proyecto de Dios. Este es nuestro hermoso desafío. Un desafío que vivió Jesús con sus discípulos y que quiere vivir hoy con nosotros.